

había hecho, al frente de las tropas italianas, el mayor mal posible á los insurrectos.

Debía entonces Felipe II más de cuarenta millones de coronas á los mercaderes españoles y genoveses; los *pícaros de mar* le cogían prisionero de tiempo en tiempo, á alguno de los galeones de América, cuyos tesoros no bastaban para someter á un puñado de pescadores de arenques. Además, como desconfiaba de los mismos gobernadores á quienes concedía plenos poderes, los variaba con frecuencia, y con ellos se cambiaba el sistema. Así fué que en un principio era una mujer la que gobernaba cuando se necesitó firmeza, y el poder pasó después á manos inexorables cuando hubiera vencido la indulgencia.

Los holandeses no habían tenido nunca más que un objeto, su libertad. Tenían de su parte á todos los príncipes de las cortes en que Felipe asalariaba traidores; sus ejércitos se reclutaban, sin detrimento del país, de todos los que, perseguidos por aquel monarca, llevaban á aquel asilo su odio y cólera. Desgraciadamente los católicos y los reformados tenían con frecuencia querellas que hasta degeneraron en guerra civil entre los ganeses, jefes de los reformados, y los walones católicos; supo aprovecharse de ello Farnesio, que como hábil general y político de talento, dirigió la guerra con conocimiento, al mismo tiempo que organizó un partido de *descontentos*, que llevaban por señal distintiva un rosario en el cuello. Aunque naturalmente afable, creía, como sus contemporáneos, que el puñal y el veneno se podían emplear impunemente. Viendo, pues, que se había perdido toda esperanza de acomodado, publicó contra el príncipe de Orange un edicto, por el cual le declaraba traidor, enemigo del género humano y calamidad pública, prohibiéndole el pan, el agua y el fuego, añadiendo que Felipe II prometía, bajo su palabra de rey, á todo el que le entregara vivo ó muerto, veinticinco mil escudos de oro, la nobleza y el perdón de todos sus crímenes, por enormes que fuesen.

Contestó el príncipe de Orange á este manifiesto con una larga apología, é hizo promulgar por los Estados una especie de declaración de los derechos del hombre en la que decía que el pueblo no se había hecho para el príncipe,

sino el príncipe para el pueblo; que el soberano que trataba á sus súbditos de esclavos era un tirano á quien se podía derribar, sobre todo cuando se obraba después de la declaración legal de los Estados del país, reducido á no poder protegerse de otro modo su libertad. En su consecuencia, se proclamó destituido de la soberanía el rey de España, por violador de los tratados y por tirano.

Ni un momento se lisonjeó el príncipe de Orange de poner acordes las nueve provincias, diferentes en religión. Contentóse con reunir las del Norte del Mosa, cuya creencia era la misma (1579). En su consecuencia, las provincias de Gueldre ó Zutfen, Holanda Zelandia, Utrecht, Frisa y Groningue, ménos la ciudad de este nombre, se confederaron á perpetuidad, con promesa de socorrerse mutuamente, de no hacer paz ni tregua, ni exigir ninguna contribución sin unánime consentimiento. Con respecto á la religión, cada una de ellas pudo tomar las medidas que le conviniesen mejor, aunque conservando la libertad á todos, hasta á los católicos; restituyese á los frailes y á los sacerdotes los bienes de que se les había desposeído. Aquellas cinco provincias, cuyo número llegó después á siete con la unión de Overyssell y la ciudad de Groningue, formaron la república de las Provincias Unidas, en las que el príncipe de Orange esperaba probablemente su dinastía á aquella cuya destitución acababa de pronunciarse.

Pero la suma prometida ó el fanatismo habían impulsado á más de un miserable á atentar á su vida; entre otros, el vizcaino Jáuregui, sobre quien se encontró un papel escrito que decía lo que sigue: «A vos, señor Jesucristo, redentor y salvador del mundo, creador del cielo y de la tierra, si me concedéis la gracia de escapar con vida después de haber verificado mi proyecto, hago voto de ofrecer una hermosa colgadura, un vestido, una lámpara y una corona á la bienaventurada virgen de Bayona, y otra corona á la de Aranzazu. Sucumbió, en fin, Guillermo á los golpes de un habitante del Franco-Condado, Baltasar Gerardo, hombre destinado á su servicio, que compró con el mismo dinero de su amo las pistolas con que le hirió. Puesto el asesino en el tormento, confesó que había obrado por orden expresa del du-

que de Parma, y por sugestión, tan pronto de un franciscano, como de un jesuita. Tal vez la acusación no era fundada con respecto á ninguno de ellos, y sin embargo produjo el que se les cobrase horror. Los Estados de Holanda confiaron entonces el gobierno á un consejo presidido por Mauricio, hijo del príncipe asesinado y se prepararon á una resistencia desesperada, en un país cortado por infinidad de brazos de mar y ríos. Entre tanto continuaba Farnesio felizmente la guerra, y las tropas mercenarias proseguían sus asolaciones; porque parece verdaderamente que «casi todas las naciones de Europa han querido á porfía darse cita, y acudir á los funestos campos de Flandes como á una vista pública de combates, para entregarse á su cólera y á su odio, medirse con el acero en la mano, con obstinación siempre creciente.» El sitio de Amberes, sostenido por espacio de un año entero con mucha habilidad por Federico Gianibelli, de Mantua, que terminó con una capitulación honrosa, es muy digno de memoria (1585).

Después de haber perdido la república varias provincias, le abandonó su confianza en sí misma, y se ofreció á un príncipe extranjero. Ya se había entregado al de Anjou, quien no tardó en desacreditarse, y fué despedido. Ofrecióse entonces el rey de Francia, Enrique III, quien no aceptó. Isabel de Inglaterra hizo otro tanto; pero factora como era de todos los reformados por aversión á Felipe II, y nutriendola la esperanza de apoderarse de aquel territorio, les prometió socorro. Llevólos, en efecto, el conde de Leicester, su favorito, y fué nombrado stathouder. Fué una chanza pesada; porque aquel jefe incapaz lo convirtió todo en intrigas y facciones (1586); dejó que los españoles adquiriesen ventajas y cometiesen horribles desolaciones, al mismo tiempo que descontentó á todo el mundo, excepto al vulgo y á los predicadores, con cuyo apoyo contaba para llegar al poder supremo: pero en fin, desacreditado é infamado generalmente, tomó el partido de retirarse.

De esta manera se escapó la Holanda de un lazo peligroso, no ménos temible que la guerra abierta, resultándole la ventaja de que la Inglaterra entró en lucha declarada con la España, é incomodando continuamente á esta

potencia, contribuyó á la fortuna de los holandeses.

Mauricio de Orange hizo cambiar la suerte de las armas (1590), sobre todo cuando después de la muerte de Farnesio España no tuvo ya un general de igual mérito que oponer á aquel valiente adversario. Causa admiración ver los esfuerzos hechos entonces por un pequeño país, cuando se piensa que atendía al sostenimiento de veinte mil infantes, dos mil caballos y una numerosa marina, y que sin embargo el comercio prosperaba más que nunca. Amsterdam se aumentó considerablemente; la Holanda y la Zelandia contaban más de setenta mil marinos; todos los años se despachaban cuatrocientos barcos con bandera extranjera para traficar con Lisboa, Cádiz, Sanlúcar y otros puertos de España y Portugal. Felipe II hubiera querido excluir á los holandeses; pero disimulaba en interés de sus estados, adonde llevaban los granos de la Polonia y los demas géneros del Norte. No obstante, cuando Felipe III creyó herirlos en el corazón, prohibiendo á sus súbditos todo comercio con ellos, los holandeses no permitieron á todas las demas potencias el tráfico que se les prohibía á ellos, lo que redujo á la península á una gran miseria. Habiéndose reunido entonces el Portugal á la España, los holandeses atacaron las ricas colonias que aquel reino poseía en Ultramar. Cornelio Houtman fué á Java con cuatro barcos, y se apoderó de aquella isla; Jacobo Von Neck fundó allí la compañía de las Indias Orientales; y de esta manera fué cómo imprudentes prohibiciones produjeron, como lo hemos visto en nuestros días, la ruina de sus autores.

En este estado (1596), contrajeron los estados con Isabel y con Enrique IV una alianza ofensiva y defensiva; lo que hizo que tomasen lugar entre las potencias europeas como república independiente. Es verdad que el valor de Ambrosio Espínola consiguió por algunos momentos levantar la bandera en los Países-Bajos, pero la penuria del Erario no permitió continuar semejantes esfuerzos con la constancia necesaria (1604). Ostendé resistió tres años y tres meses á Espínola, que perdió allí ochenta mil hombres contra sesenta mil holandeses (1607). La batalla naval que se dió después en el estrecho de Gibraltar, y en la que perecieron los

dos almirantes, fué el último acto de aquella guerra.

Con la esperanza de facilitar la conciliación con un cambio de nombre, Felipe III había cedido los Países-Bajos como feudo á Isabel, hija de Felipe II, casada con Alberto de Austria. Este príncipe convino con ellos, como con un país libre, en una tregua de doce años, reconociendo la independencia de las Provincias Unidas (1609), y concediéndoles la libertad de comercio y navegación en las posesiones españolas de Europa, pero no en la India. Este último punto era esencial para la Holanda; porque los grandes hombres de la revolución habían reconocido que no podía aguardar su grandeza sino del mar. Así fué, que entonces proclamaron por primera vez en el mundo la libertad en los mares (*mare liberum*). Cuando la obtuvieron, á despecho de la obstinación española, la Europa concibió una elevada idea de un pueblo que no había conocido hasta entonces sino como mercader; y este fué el primer ejemplo de una libertad adquirida con continuos esfuerzos.

La república comprendía entonces siete provincias confederadas y soberanas, desiguales en extensión, fuerzas y cargos, pero no en derechos públicos, y cada una con un voto en los estados generales, como se llamaba entonces la asamblea de la Haya, adonde todas podían enviar tantos diputados como les agradase.

Pero no eran representantes, y cada vez tenían que recibir un mandato especial de los estados de su provincia, lo que producía dilaciones y hacía imposible el secreto. Soportaba la Holanda cincuenta y siete céntimos de las cargas públicas, y elegía siempre entre sus diputados el abogado, llamado despues gran pensionario, que era considerado como el primer personaje de la union, al ménos cerca del stathouder.

La soberanía no residía, pues, en los estados generales, sino en los electores, que conferían al stathouder, alma del gobierno, los derechos que era llamado á ejercer. Pero posteriormente á Leicester y hasta el año 1747, no hubo stathouder general. Mauricio de Nasau, que dirigió la república por espacio de treinta y ocho años, y despues de él sus sucesores (1621),

no tomaron más que el título de capitanes y almirantes generales de la union.

Esta revolución era ménos el resultado del arranque religioso, que de la política y ambición de los príncipes de Orange. Cuando triunfó en las provincias walonas, se estableció allí una república, en la que ni la libertad política, ni la religion ganaron nada, y en la que hubo siempre una lucha de despotismo entre el stathouder, los Estados y las regencias municipales. Los católicos permanecían oprimidos en provincias enteras, como en el Brabante Septentrional, hasta el punto de echar de ménos la dominación extranjera. En el momento en que los reformados hubieran podido, en fin, gozar de la paz, fué ésta turbada por las querellas religiosas, que son inevitables desde el momento en que se deja el campo libre á la razón individual. Lutero había hecho un llamamiento á la *libertad cristiana* contra la autoridad; ¿pero de qué modo? Negando la libertad moral del hombre, colocándole en una dependencia total de Dios, para sustraerle á la de los hombres que se decían representantes de este Dios. Habiéndose negado una vez este albedrío, cesaba desde entonces la utilidad de aquellas obras expiatorias de que se había abusado, y toda la escala que se extendía desde el simple fiel hasta Dios era destruida. Sentado como principio que Dios lo hace todo en nosotros, y que las obras son supérfluas para la salvación, estableció Lutero la predestinación y la fatalidad. Ahora bien, este dogma podía conducir á la indulgencia ó á la severidad, y á esto último es á lo que se dirigió Calvino. Habiéndonos criado Dios buenos ó malos, elegidos ó réprobos, no hace más que obedecer á sus decretos, airándose contra aquellos á quien ha desechado. Establece, pues, la reforma sobre principios técnicos; y áun partiendo de la revelación individual aplicada á las Santas Escrituras, consiguió de una manera diferente restablecer la autoridad y reconstruir la Iglesia, exceptuando, sin embargo, el que la creencia en la Escritura era efecto de la gracia, y el dón de comprenderla privilegio de los elegidos. Así fué, que Calvino publicó un catecismo y convirtieron á la predestinación en una arma contra sus adversarios; lo cual ayudó mucho á la organización y defensa de la Iglesia reformada. Se encontró dominante en

los Países Bajos, donde persiguió, no sólo á los anabaptistas y á los socinianos, sino también á los luteranos, y aquella libertad tan altamente proclamada, pronto se convirtió en intolerancia.

El antiguo principio de la reforma se elevó contra semejante tiranía, y constituyó en cierta manera una tercera religion protestante. Jacobo Harmensen ó Arminio, que educado en Ginebra y en Italia había sido ministro de la Iglesia de Amsterdam, despues profesor en Leida, lleno de entusiasmo y ansioso de saber, fué invitado por algunos eclesiásticos de Delft á rechazar la doctrina de la predestinación. Sostuvo, pues, que Dios había resuelto desde la eternidad que el que renunciara al pecado y se confiara á Jesucristo gozaria de la vida eterna, al paso que los pecadores endurecidos se condenarian, en atención á que Dios no fuerza á nadie á renunciar al pecado y persistir en la fé; pero Francisco Gomar, profesor también de Leida, pretendió que Dios había predestinado á los hombres á la perdición y á la salvación; de lo que resultaba que los unos eran inclinados á hacer el bien y los otros el mal; cuya opinión era la de Calvino y Bezo, como la otra era la de Erasmo y Melancthon.

Intento pues, Arminio contra la Iglesia reformada lo que Lutero había intentado contra la Iglesia católica, negando el derecho de condenar irremisiblemente á los que difieren de creencia, rehusando admitir el que Dios haya establecido, por toda una eternidad, que los que renunciasen al pecado y confiaran en Jesucristo serian absueltos, al paso que condenados los pecadores endurecidos.

Al momento se dividió el país en arminianos y gomaristas: con los primeros estaban las gentes tolerantes, que tenían necesidad de un campo libre para la inteligencia, y á los que se les llamaba *universalistas* porque concedían la gracia de Dios á todos los hombres; los *particularistas*, sus adversarios, se subdividían de nuevo relativamente á la época en que Dios había dado la sentencia fatal. Los unos sostenían con Calvino que Dios había destinado la salvación y la perdición desde la eternidad, y en su consecuencia antes del primer pecado (*supralapsari*), de tal suerte, que el hombre no podía escaparse de ella; detestando los demas

esta horrible idea de castigar Dios antes de la culpa, decían que no había determinado, y sólo si permitido la caída de Adán; y que el hombre fué destinado por esta culpa á la condenación, de la que Dios resolvió preservar á ciertas almas á quienes favorecía con una gracia especial (*sublapsarii*).

Esta era la cuestión teológica; pero despues seguía la cuestión social. Si, en efecto, consideramos más adelante la revolución de los Países Bajos, encontraremos que no fué provocada por odio á la antigua religion, pues los principales motores de aquella revolución eran católicos, y la mayor parte de las provincias se conservaron tales; tampoco se pensó al principio emanciparse del rey de España, pues los edictos más hostiles á su poder se dieron en su nombre. La dominación extranjera desagradaba, mas esto no impidió á los insurrectos buscar por todas partes un extranjero por soberano. En el fondo, las magistraturas de los comunes eran las que querían permanecer sobre el poder central (1610); despues de haber derribado el mando de Felipe II, hicieron oposición á Guillermo de Orange, redujeron á su padre á una condición inferior á la que había tenido en el reinado de España, y últimamente abolieron el stathouder.

En aquel momento, el mismo principio combatía bajo nombres teológicos. Los gomaristas eran el partido popular; los sábios y los ricos seguían la bandera de Arminio, con todos aquellos que detestando la unidad y el despotismo calvinista, preferían el federalismo, es decir, una conciliación entre la autoridad espiritual y el poder temporal, mediante una union amigable entre cada ciudad. Mas débiles los arminianos presentaron una *representación* á los Estados para ser escuchados en sínodo, los demas les dirigieron una *refutación*, de donde procedió el nombre de representantes y contrarepresentantes. Los Estados les ordenaron el silencio; pero las sectas religiosas no se doblegan así por decretos. Envenenáronse, por el contrario: los representantes fueron escomulgados; los otros sostenidos por Mauricio, quisieron extender la reforma al gobierno de ciudad, designando á los magistrados. Las dos sectas se convirtieron, pues, en partidos políticos, el uno republicano y el otro orangista.

Los jefes del primero eran Grocio y Juan Holden Barneveldt, abogado de Holanda, y uno de los mayores hombres de aquella revolución. Inclínandose siempre á la paz, como Mauricio á la guerra, habia hecho por sus consejos la tregua de doce años; des pues recobrado á Flessingue, Briel y Ramkens, últimos restos de la dependencia extrajera. Al paso que Mauricio se colocaba del partido popular de los gomarristas, con la esperanza de hacer prevalecer á la monarquía sobre el federalismo, Barneveldt quería, con ayuda de los arminianos, apoyar en cada ciudad la libertad de la república, y preservarla del vasallaje por medio del fraccionamiento. Violentas predicaciones sostenian la enemistad entre ambos rivales; el uno era acusado de ambición tiránica, y el otro de avaricia mercantil. Los gomarristas pedían á gritos la convocatoria de un sínodo; los arminianos no la querían, y la union parecía pronta á disolverse.

Cada uno alegó en el sínodo de Dordrecht la autoridad de las Santas Escrituras, sin llegar á establecer otra cosa, sino que era una revelacion insuficiente, en atencion á que no habia ilustrado positivamente los puntos esenciaes. En su consecuencia, el sínodo fué el apogeo del protestantismo y el principio de su decadencia, porque desde entonces perdió cada dia el poder doctrinal. Los representantes fueron condenados como corruptores de la religion y autores de un horrible escándalo, excluidos de los empleos eclesiásticos y de las academias. Gran número de ellos huyeron á Holstein, donde batieron á Federico Stadt; otros á Inglaterra, donde triunfó su fé, que fué adoptada por los metodistas.

Acercándose el arminianismo á los sentimientos católicos, y sentando como dogma la salvacion de todos con ayuda de la redencion, emancipó de nuevo las opiniones de la influencia del despotismo y condujo á la tolerancia; concilióse de esta manera las demas sectas, al paso que el calvinismo las odiaba; y propagando el sentimiento de igualdad entre los hombres, allanó el camino de la filosofia.

No disfrazando Mauricio por más tiempo su tiranía, hizo arrestar á los jefes del partido contrario, destituyó á sus representantes y ordenó proceder contra ellos. Barneveldt era, sobre to-

do, objeto de su enojo; reuniéndose á los estados generales, le hizo prender y conducir al patíbulo con los pretextos usuales. Grocio, que habia defendido con calor la libertad de los mares, estuvo preso toda su vida en el castillo de Lovensteing, del cual el partido contrario al príncipe de Orange tomó su nombre; allí se ocupó en refutar la opinion de los orangistas, que era que la soberanía residia en los estados generales, y demostró desde luego que la resistencia no era un crimen de Estado. Pero la indignacion pública concluyó por encolerizarse, y los representantes aplaudieron haber impedido á Mauricio apoderarse de la dominacion suprema.

En medio de estas turbulencias, la república de las Provincias Unidas continuó engrandeciéndose (1621). En el momento mismo en que terminó la tregua, la España mandó á Ambrosio Espínola que sitiase á Breda, y habiendo este general contestado que era imposible tomar esta plaza, recibió de la córte esta lacónica respuesta: *Marqués, tomad á Breda.—Yo el rey.* Espínola hizo todo aquello que pudo, y gran número de personas perecieron por la obstinacion del rey (1625); pero Breda no abrió sus puertas sino por una capitulacion, cuando los dos partidos se encontraron igualmente aniquilados. Los sitios de Maestricht y de Bois le Duc, no fueron ménos considerables. Mauricio recobró durante la guerra la gloria y la influencia que habia perdido con la paz. Este largo período, durante el cual no se abandonaron las armas, fué causa de gran perfeccion en la estrategia, y muy particularmente en lo concerniente al ataque y defensa de las plazas.

La Inglaterra y la Francia sostenian á los Países Bajos en odio con la España, y el mismo Nuevo-Mundo estaba entregado á fuego y sangre por antiguas cuestiones. A fin de arruinar el comercio de la Holanda con Alemania, Espínola concibió el proyecto de construir un canal entre el Rin y el Mosá, prohibiendo á los buques subir el Rhin más allá de Rhinberg; mas la dificultad de defender el paso obligó á renunciar este plan. Los holandeses, más afortunados, se engrandecian por sus conquistas en el Brasil, continuando en arrebatarse las posesiones á los portugueses, en tanto que Portugal permanecia sujeto á la España.

Finalmente, abriéronse negociaciones en el congreso de Munstar, y allí se convino en que la España renunciaria á las Provincias Unidas, y á todas aquellas que habia conquistado en los Países Bajos españoles. Por lo que hace á las posesiones en las dos Indias, deberia cada uno continuar en la posesion actual; pero los españoles y portugueses no podrian extender su navegacion, sino hasta el punto que la hacian entonces. Además los Estados fueron autorizados á abrir el Escalda, los canales de Sas, de Zwin y otras embocaduras, condiciones degradantes para la España, que privó de este modo á sus súbditos de las ventajas que les ofrecian los rios y los territorios, haciendo inútil el puerto de Amberes, y esclavizando el país que le quedaba. Los habitantes de las Provincias Unidas obtuvieron la libertad de conciencia sin restriccion, y no se volvió á ofrecer nueva ocasion de guerra entre las dos potencias que habian estado combatiendo durante un siglo.

Separémonos ahora del país que habia consolidado su libertad, para volver aquel á que se la habia quitado á otros perdiendo al mismo tiempo la suya. El querer introducir la Inquisicion Felipe II, causó el levantamiento de los moriscos, de que ya nos hemos ocupado en otro lugar, y le ocasionó la pérdida de los Países Bajos; y fundándose en las expediciones contra los turcos, de que ya tambien hemos hablado, le pareció tener derecho al título de defensor de la cristiandad, que tomaba tambien contra los enemigos interiores. Si este monarca era grande enemigo de los reformados, Isabel de Inglaterra, que era su protectora general, prestaba asistencia, ó daba al menos valor á los Países Bajos, y enviaba á insultar por odio á este príncipe, las colonias españolas de América, y el mismo puerto de Cadiz. Felipe, que durante el tiempo que habia sido esposo de Maria la Católica, reina de Inglaterra, se habia declarado protector de la jóven Isabel, aguardó con impaciencia una ocasion para castigar su ingratitude, cosa que le parecia tan meritoria como destruir el foco de la herejía. Sixto V le excitó confiéndole el reino de Inglaterra como caído en manos de los herejes, y ofreciéndole al mismo tiempo un millon de coronas para conquistarla.

Felipe equipó una flota con el mayor silen-

cio. La España que no habia tenido más que tres carabelas para dar á Colon, vió armar entonces, á costa de ciento cincuenta millones de escudos, ciento cincuenta navios mucho mayores que los de costumbre, y que llevaban dos mil seiscientos cañones de grueso calibre, veinte mil soldados, ocho mil marineros y mil voluntarios de familias ilustres. Veintiun buques habian sido designados á las diferentes advocaciones de la Virgen, y doce con el nombre de los apóstoles. Cien frailes fueron embarcados á las órdenes de Martin de Alenzon, vicario general del Santo Oficio y portador de las bulas papales que libraban á los ingleses del juramento de fidelidad. Por otra parte, el duque de Parma reunió en los Países Bajos treinta mil infantes y cuatro mil caballos, en sus correspondientes buques de transporte; y este era el que debia mandar el desembarco de la armada. Alfonso de Guzman, duque de Medina-Sidonia, era el almirante general de la flota, y Lope de Vega formó parte de la expedicion para inmortalizar con sus cantos las victorias que se prometian.

Esta invencible armada llegó á vista de Dunkerque, inquietada por los ingleses, cuyos buques ligeros maniobran con más rapidez; y allí le asaltó una tempestad horrorosa que destruyó estos enormes reparativos. Cuando el duque de Medina-Sidonia se presentó á Felipe para anunciarle que habia perdido treinta grandes buques con diez mil hombres, y que el resto de la flota no podia permanecer en el mar: *Duque,* le dijo el rey, *os he enviado á combatir con los hombres, no con los elementos. Cúmplase la voluntad de Dios.* Y continuó escribiendo una carta.

Es imposible no admirarse de semejante firmeza aun en un tirano; y la longanimidad en las circunstancias desgraciadas era verdaderamente el carácter de Felipe. Sombrio, severo, amante de la soledad, trabajador infatigable y de extremada habilidad, veia todo por sus ojos, y escogia sus generales y sus ministros con una admirable sagacidad. Fué durante los cuarenta años de su reinado el centro de toda la politica europea, é hizo más mal á sus enemigos por las intrigas que por las armas. Se le hablaba siempre de rodillas y rara vez conversaba con los grandes, en tanto que recibia á las personas más vulgares, y saludaba al últi-